HABITAR DESDE LA LIBERTAD. REFLEXIONES EN TORNO AL PANÓPTICO

*Juan Carlos Mansur**

*En apariencia, no es sino la solución
de un problema técnico;
pero a través de ella,
se dibuja todo un tipo de sociedad.*

Vigilar y Castigar, Michel Foucault

136

Cuando Pitágoras establecía el *Límite* como principio del ser, gracias al cual surge de lo indefinido el Cósmos, y cuando Heráclito postulaba al *Logos* como principio ordenador de éste,¹ comenzaban a darse los primeros trazos de la imagen de más de dos mil quinientos años de antigüedad que constituyen la historia del pensamiento occidental. Incorporada más tarde a esta corriente de pensamiento, la tradición judía otorgó

un valor igualmente importante por el *límite* y por la *inteligencia* como principios creadores del universo, valor que se refleja en el *Génesis* cuando se narra cómo, para crear el mundo, hubo de ser necesario primero separar las aguas de la tierra, la luz de las tinieblas, el día de la noche. Hablar de límites no es cosa que deba tomarse a la ligera cuando se habla a partir del pensamiento occidental.

El fenomenólogo de las religiones Mircea Eliade nos explica que en la naturaleza humana existe una necesidad de establecer, mediante los límites espaciales y temporales,

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

¹ Cfr. W. K. C. Guthrie, *Historia de la filosofía griega*, 1991, Madrid, Gredos, t. I, p. 202 y s. y p. 495 y s.

la razón de su existencia y la de los ámbitos sagrados que mora.² En efecto, el hombre nombra las cosas y establece límites a la naturaleza, y mediante ellos ordena la experiencia y la hace habitable haciendo del mundo un espejo de su propio espíritu ordenador.

Dentro de las múltiples actividades del hombre, el quehacer artístico constituye un campo consagrado a imponer límites a la naturaleza y es ahí donde tal vez de manera más clara se comprenda que dar límites es traer al ser; el mármol y la madera se nos presentan colmados en belleza gracias a los límites que imponen sus escultores a las posibilidades infinitas del material que han elegido, lo mismo que la limitante del tiempo y del tono vuelcan en formas sublimes la continuidad e indiferencia de los sonidos; de la misma forma el arquitecto dispone de un espacio continuo de tal manera que logra poner en la existencia distintos ámbitos y mundos que encierra el mundo físico.

Los griegos, maestros en la elaboración de la escultura del cuerpo humano, encontraron en este poder *casi divino* que tiene el hombre de delimitar, el medio para dar al alma el mismo embellecimiento y tratamiento que le dieron al cuerpo,

y encontraron en la autonomía y la autarquía el cincel y el martillo con el que podrían esculpir y embellecer su propia voluntad y libertad; este principio —aparentemente contradictorio— de moldear la libertad, transitará por el mundo de los romanos y se involucrará con el pensamiento judeocristiano, con el cual halla una especial consonancia en tanto que Yahvé ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado la condición de ser libre, y como tal debe mantener la relación con su creador; el motor de la tradición greco-romana y judeo-cristiana nos permite pensar que la historia del pensamiento europeo se puede narrar como un esfuerzo por encarnar el principio de libertad que tiene todo ser humano y los logros y fracasos que ha conseguido en esta empresa.

El hombre se constituye así, siempre en el centro de las cosas, en el eje en torno al cual gira el mundo, porque él construye siempre un mundo de referencia; no se habla aquí de un eje geográfico, se habla de un eje de sentido, donde lo alejado o cercano que estén las cosas del hombre depende del sentido y referencia que tengan.

Esta necesidad de marcar límites tiene una razón existencial primordial para el hombre, pues por medio de la definición del espacio y del tiempo logra fundar una conste-

² Sobre el pensamiento de Eliade puede consultarse su obra *Lo sagrado y lo profano*, 1973, Madrid, Guadarrama.

lación de valores que le es propia, constelación que nos habla de “la necesidad que éste [el hombre] siente de albergar la experiencia de su vida —abierta a mil horizontes— en el seno acotado de espacios bien definidos”.³ Gracias a los límites el hombre trae a la existencia los valores de su espíritu, por eso, expresa el mismo autor: Todo ámbito requiere una delimitación más o menos precisa, pero la delimitación que logra el hombre no tiene únicamente el sentido de excluir: ante todo, tiene el sentido de definir y dar sentido a una realidad que se constituirá en hábitat para el hombre, por eso Heidegger decía que el espacio es algo que está dentro de una frontera (*Peras*). Una frontera no es algún lugar donde termina algo, sino a partir de dónde se constituye un ser, a partir de dónde algo comienza a ser lo que es.

Gracias a sus potencias creadoras, el hombre establece fronteras que sacan a la luz lo espiritual que hay en el hombre y que le permiten transfigurar el espacio físico generando un espacio existencial lleno de sentido, y es que “El ser humano convierte los espacios en ámbitos porque es ‘un ser que habita’ [...] El hombre no se halla incrustado en el entorno; está inserto en él, pero a

distancia, a la *distancia de soberanía* —no de alejamiento— que funda su capacidad de hacerse cargo de cada situación y adoptar las actitudes correspondientes a los proyectos que él forja para hacer su vida.”⁴

La anterior idea de López Quintás sigue la línea del pensamiento de Heidegger quien mencionaba que “todo construir es en sí un habitar. No habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos, es decir, en cuanto que somos los que habitan”,⁵ y esta posibilidad de habitar sólo puede cobrar existencia desde la forma como se construye y como se piensa del propio hombre, por eso Heidegger no duda en afirmar que “construir y pensar son siempre, cada uno a su manera, ineludibles para habitar”.⁶ Toda obra que se erige por el hombre nos dice algo de este espíritu que la ha creado, de ahí que todo espacio arquitectónico nos hable del propio espíritu del hombre, de la vida y trama existencial desde la cual se teje, de la forma de comprenderse cada hombre y la relación con los otros hombres, más aún, y siguiendo a Hegel de la forma particular de comprender la libertad. Decía

⁴ Alfonso López Quintás, *ibid*, p. 187.

⁵ Martín Heidegger, “Construir, Habitar, Pensar”, en *Conferencias y artículos*, 1994, Barcelona, Serbal, trad. Eustaquio Barjau, p. 130.

⁶ Martín Heidegger, *op. cit.*, p. 141.

³ Alfonso López Quintás, *Estética de la creatividad*, 1977, Madrid, Cátedra, p. 183.

Octavio Paz “el mundo del hombre es el mundo del sentido [...] Tolera la ambigüedad, la contradicción, la locura o el embrollo, no la carencia de sentido [...] Todo es lenguaje [...] sistemas expresivos dotados de poder significativo y comunicativo.”⁷ Así toda obra, producto humano, es la huella de su propio espíritu y la forma como se entiende y vive a sí mismo, de aquí que —en palabras de López Quintás— “el arte tiene por cometido otorgar un cuerpo sensible a los ámbitos y tramas de ámbitos que se van creando entre el hombre y su entorno [...] Artista es el hombre dotado de un poder singular de intuir el carácter ambital relacional de las realidades y acontecimientos y expresarlos y darles cuerpo en una figura sensible, espacio-temporal objetiva. Estas figuras no reproducen nunca meros objetos. Dan cuerpo sensible, ámbitos que alumbran sentido.”⁸

La íntima relación que guardan el habitar y el ser libre las expone Heidegger en el ya citado artículo “Construir, habitar, pensar”, en el que menciona que el construir tiene al habitar como meta y no por ello hay que pensar que todas las metas tienen esta cualidad de generar habitares,⁹ pues el habitar es el fin que

preside todo construir y el construir es simplemente un medio para habitar. Sólo desde la formación del habitar tiene cabida el construir, puesto que sólo cuando estamos en la posición de habitar un mundo queremos llevarlo a la existencia física. Para aclarar este punto, Heidegger liga el término construir (*Bauen*), con el de ser (*bin*). Así, la forma que tenemos de construir implica la forma como habitamos, y en última instancia habla de la forma como somos, es decir, la forma como tenemos una profesión, como trabajamos, como hacemos negocios y viajes. Todas estas actividades son nuestra forma particular de habitar, y a esta forma concreta de habitar corresponderá una forma de construir. Más aún el filósofo de Selva Negra quiere ligar la expresión habitar *wuon* al gótico *wunian*, que tiene que ver con permanecer y residir y en última instancia con el estar satisfecho y en paz, es decir, *Friede*, de donde se liga esta paz con ser libre *Friede*, *Frye*, *Fry*, lo cual implica un estar preservado de amenaza y bajo cuidado. De esta forma concluye Heidegger, todo habitar tiene función de liberar y cuidar del ser que habita en un lugar. Un cuidado de lo que él llama la Cuaternidad de la tierra, el cielo, los hombres y las divinidades. El hombre busca hacer de todo espacio un ámbito, es decir, poner límites para a partir de ello fundar un campo de experiencia

⁷ Octavio Paz, *El arco y la Lira*, 1986, México, FCE, p. 19-20.

⁸ Alfonso López Quintás, *op. cit.*, p. 181.

⁹ Cfr. Martín Heidegger, *op. cit.*, p. 127.

especial, que le da cobijo y sentido al hombre; es lo que menciona López Quintás como ámbito, señalando que todo ámbito ofrece un amparo para el que mora ahí: “un hombre se siente máximamente acogido por un ámbito cuando éste es fruto de un acto suyo de creación”.¹⁰

Retomando la última idea arrojada aquí, conviene señalar que esta constelación de valores producida por el hombre ofrece un amparo para el que mora ahí: “un hombre se siente máximamente acogido por un ámbito cuando éste es fruto de un acto suyo de creación”.¹¹ Esta creación se da gracias y sólo con los demás hombres, y adquiere el verdadero sentido del habitar cuando aparece la unidad con los demás hombres.

Tales espacios de acción cultural no se pueden dar si no se manifiestan desde una interrelación. De aquí que la verdadera forma de ser humano está dentro de la comunidad. “El hombre llega a ser plenamente tal cuando supera la soledad de la retracción egoísta y altanera para potenciar su ser en la tensión creadora de unidad comunitaria [...] tal labor creadora es obra de la libertad”,¹² pero esta libertad debe entenderse en términos no de libertinaje sino de amplitud creadora del hombre.

El caso de la arquitectura es particularmente interesante cuando se acerca uno a las obras arquitectónicas buscando los elementos humanísticos que la conforman. La vida del hombre no se vive pasivamente frente a un mundo, sino que “el auténtico entorno del hombre no está formado por objetos yuxtapuestos, sino por ámbitos integrados [...] El empeño del arte radica en dar cuerpo a los ámbitos que contribuyen a formar el mundo del hombre.”¹³

Los caminos de la libertad que ha seguido el mundo europeo no han tenido siempre historias felices, la diversidad de caminos que ha buscado el hombre para expresar su libertad ha llegado incluso a romper con la libertad de otros. Uno de los ejemplos de estos extravíos de la libertad se encuentra paradójicamente en la época en que tal vez más se haya exaltado la libertad: la Ilustración. Se trata de la obra de Jeremy Bentham, quien ha sido cuidadosamente estudiado por Michel Foucault. En su ensayo *El Panoptismo*, nos habla de algunos de estos intentos más alejados del pensamiento europeo por otorgarle al ser humano la plenitud que se merece, y para ello dirige su crítica principalmente a la técnica de encierros y separaciones que se vivieron en la Modernidad. Foucault

¹⁰ Alfonso López Quintás, *op. cit.*, p. 184.

¹¹ *Ibid.*, p. 184.

¹² *Ibid.*, p. 188.

¹³ *Ibid.*, p. 181.

identifica, por medio de los encierros aplicados a los enfermos y leprosos y en la disciplina como exclusión de los apestados, los profundos motivos que llevaron a los europeos a establecer acciones de tan poca monta humana, y es que según el autor esta actitud hacia los enfermos conlleva de fondo una actitud de imponer límites y encierros a todo aquél que está fuera de la *imago mundi*, que sustenta quien administra el poder, es decir, excluye a todo aquél que no participa de la idea unívoca y científica de verdad cartesiana.

Esta necesidad de mantener bajo control una situación, de llevar al orden un temido desorden, lleva a imponer divisiones espaciales a la persona enferma, quien no vive la experiencia de habitar o morar un espacio, antes bien, el espacio le resulta al ciudadano enfermo algo artificial, las divisiones en las calles, las puertas que se cierran por el exterior, las secciones especiales dentro de la ciudad o los puestos de mando para vigilar, son una 'estricta división espacial' a que hace alusión Foucault en las primeras líneas de su ensayo, que no tiene su punto de partida en el individuo creador, sino en un orden que se le impone de forma 'exterior' y más aún, de forma violenta. Siguiendo con lo explicado líneas más arriba, no es propiamente el espacio quien genera la situación enajenante, antes

bien, es el pensamiento humano quien crea las estructuras determinadas, pues *el pensamiento devino arquitectura*. Así, el problema se vuelve un drama mayor en tanto que la situación de encierro no radica en el espacio físico, cuanto en el encierro que produce la mente. El encierro del ser humano y la alienación que conlleva no está en el espacio físico al que está confinada una persona cuanto en la imposición de un espíritu sobre otro, imposición que sólo después se materializa en espacio. Piénsese cómo mientras la clausura de un monje potencia su felicidad y vida creadora, confinada al diminuto espacio de las cuatro paredes de la clausura, en cambio al experimentar el destierro se vuelca en tristeza y desolación para el desterrado, quien teniendo un mundo inagotable para sí, vive el infierno del espacio, al no poder regresar y habitar el lugar donde sus potencias creadoras y de intimidad le proporcionan vida, libertad y plenitud de ser; "el mayor amparo lo confiere un espacio cuando es para el hombre un campo abierto de posibilidades creado en dinámica distensión con su entorno [...] cuando las cosas se disponen benéficamente para crear entre ellas un campo de acción humana, tenemos un ámbito, [...] y cuando un hombre se ve instigado por el odio en todas direcciones, queda sin espacio y

entra espiritualmente en trance de perecer".¹⁴

Tras el fenómeno del encerramiento que busca evitar toda forma de contagio y mezcla, aparece el mejor antídoto: la disciplina.¹⁵ La sociedad del siglo XVII y XVIII ha puesto también en práctica la otra cara, la del sueño político que busca particiones estrictas, leyes estables, penetración del reglamento hasta los más finos detalles de la existencia, el advenimiento de una jerarquía completa que garantiza el funcionamiento capilar del poder. Es decir, la actitud que ha tomado el mundo occidental de la Modernidad no es únicamente el rechazo a lo diferente, cuanto la imposición a través de nombres, límites y disciplina de todo lo que pudiera ser diferente a su forma de ver el mundo:

No las máscaras que se ponen y se quitan, sino la asignación a cada cual de su 'verdadero' nombre, de su 'verdadero' lugar, de su 'verdadero' cuerpo y de la 'verdadera' enfermedad.¹⁶

Según Foucault, hemos diseñado dos maneras de ejercer el poder y de llevar a cabo el sueño político:

¹⁴ *Ibid.*, p. 184 y 186.

¹⁵ Cfr. Michael Foucault, *Vigilar y Castigar, nacimiento de la prisión*, 2005, México, Siglo XXI, 34 ed., trad. Aurelio Garzón del Camino, p. 201.

¹⁶ Michael Foucault, *op. cit.*, p. 201.

el exilio del leproso, por medio del encierro, y *la detención de la peste*, que busca el encauzamiento de la conducta mediante la disciplina, de tal suerte que una gran comunidad tiene que ser llevada mediante la disciplina a los ideales de la razón moderna que pide una igualdad que sólo cabe en las matemáticas, pero que busca imponer en la sociedad, pues aquí la sociedad se atraviesa de jerarquía, vigilancia, inspección escrita, buscando llegar a *la utopía de la ciudad perfectamente gobernada*.¹⁷ La mirada aguda de Foucault no se detiene ahí y continúa para hacernos ver que el siglo XIX ha identificado bajo una sola forma tanto el estado enfermo del leproso como el preventivo de la peste, lo cual se traduce en que el tratamiento general de toda enfermedad y diferencia que se conciba como peste, tendrá que tenerse en la exclusión, así el espacio de la exclusión se aplicó no sólo al enfermo, sino a los locos, a los violentos incluso a los mendigos y los vagabundos.¹⁸ Lo anterior traducido

¹⁷ *Ibid.*, p. 202.

¹⁸ "Individualizar a los excluidos, pero servirse de los procedimientos de individualización para marcar exclusiones —esto es lo que ha sido llevado a cabo regularmente por el poder disciplinario desde los comienzos del siglo XIX: el asilo psiquiátrico, la penitenciaría, el correccional, el establecimiento de educación vigilada, y por una parte los hospitales, de manera general todas las instancias de control individual, funcionan de doble modo: el

en un conjunto de técnicas y de instituciones que se atribuían la tarea de medir, controlar y corregir a los anormales; es decir, no sólo encerrarlos cuanto transformarlos.

La historia del siglo XVIII permea aún en el siglo XX y XXI, la arquitectura y el diseño de espacios sigue teniendo un corte de exclusión y encierro, podrán ser más sutiles, sin embargo existen, piénsese por ejemplo el hecho de que en Estados Unidos se tenían autobuses y espacios públicos con compartimentos para blancos y compartimentos para negros, haciendo ver la importancia de un espacio que diferencie lo puro de lo impuro; de la misma forma que hoy día existen en los trenes europeos o en todas las aerolíneas la distinción de ser de primera y segunda clase, lo cual ya no es un producto de raza, sino de una adquisición económica que no mira ya siquiera a la condición moral de quien detenta el dinero, da lo mismo ser trabajador o asesino a sueldo, si se tiene el dinero, 'el mercado' otorga el distintivo; y qué decir de los cuartos de servicio en las casas de México, que con sus dimensiones y acabados parece que

establecieran una diferencia infranqueable entre la naturaleza del dueño y la de la 'criada', ésta sí excluida además por motivos raciales. Queda a modo de pregunta si no resultan también límites de exclusión y encierro aquellos que viven los usuarios de transportes colectivos que no cuentan con las facilidades de acceso al que sí cuentan los propietarios de automóviles, o también la exclusión que puede padecer un peatón o un ciclista que no tienen lugar en esta urbe probablemente porque son personajes de rango inferior, en tanto que a los ojos de los gobiernos no contribuyen en nada al progreso del país. La exclusión de grupos, a cuyo servicio trabajó la arquitectura del siglo XVIII sigue en el siglo XXI enseñándonos nuevos estilos urbanos de ser 'exclusivos' a partir de excluir y aislar a los demás. Lo notable de este encierro es que todos proporcionan el mismo antídoto, nadie quiere ser quien es y aspira a ser el que el 'estándar' de vida impone; de ahí nuestros explicables deseos de ser, que fácilmente se pueden satisfacer si logramos tener los recursos económicos suficientes: esculpir mi cara, mis rasgos, mis gestos y mi pensamiento, para perder mi identidad y sumarme a los atributos occidentales. Todos estos sueños son producto de la misma pesadilla segregacionista que ha asumido muy

de la división binaria y la marcación (loco-no loco; peligroso-inofensivo; normal-anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo, cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.)", Michael Foucault, *op. cit.*, p. 203.

bien el aislado, quien grita desesperado “¡no quiero ser más un apestado como los demás!”

Este acto de trazar límites entre unos hombres y otros, de establecer fronteras, se aleja del sentido creador del habitar y fundar ámbitos, se trata de limitar para segregar, lo cual es producto de un pensamiento que no ha incluido la implicación creativa y potencializadora del hombre como forma de habitar, sino que se trata de espíritus que comprenden su habitar y ser libre desde la limitación y exclusión del otro.

El Panóptico

La Modernidad no sólo expresó sus límites mediante la arquitectura de encierro, algunos economistas y filósofos del siglo XIX vieron rápidamente que la racionalidad de la modernidad podría ayudarse de la herramienta arquitectónica y técnica con el propósito de satisfacer las demandas que el nuevo dios, el capital, exige. La genialidad de este principio surgió de una de las mentes más talentosas de Inglaterra de aquella época, Jeremy Bentham, connotado filósofo inglés, quien partiendo del principio de que la sociedad debe alcanzar la felicidad a través de la máxima acumulación de placer y éxito, diseñó el objeto

perfecto para lograr el mundo feliz, gracias al cual se lograran reformar las mentes difíciles que se resisten a ver el dedo que ha logrado tapar el sol. Este diseño llevó por nombre el *Panóptico*, estructura arquitectónica con forma de anillo, en cuya periferia permanecen encerrados en celdas incomunicadas entre sí –pero con una vista común a un centro–, toda clase de hombres excluidos del mundo moderno. La maravilla y genialidad de esta estructura está en que se puede situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, enfermo, condenado, obrero o escolar, el cual se sentirá continuamente observado, sin saber siquiera si *de facto* hay alguien en la torre de vigilancia. El misterio de tan perfecto como perverso sistema de control se halla en dos principios: la incomunicación, el autocastigo.

En efecto, una garantía del sistema panóptico es el orden que se logra gracias a que establece una incomunicación en los sujetos aislados,¹⁹ algo de gran importancia pues de esta forma se evita el complot o evasión colectiva, proyección para delitos futuros o malas influencias; en el caso de enfermos no hay contagio; si son locos no hay violencia recíproca; si son niños no hay copia, ausencia de riñas, robos, contubernios, distrac-

¹⁹ Cfr. Michael Foucault, *op. cit.*, p. 204.

ciones que retrasan el trabajo, etc., es decir, el panóptico busca además de controlar, establecer entre la multitud el criterio que la razón moderna impone, y desaparece la individualidad logrando una homogeneidad perfecta, pues gracias al Panóptico “la multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples, individualidades que se funden, efecto colectivo, se anula en beneficio de una colección de individualidades separadas.”²⁰

Por otro lado Foucault nombra como el mayor efecto del Panóptico el inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. El hacer que una vigilancia sea permanente en sus efectos aun cuando sea discontinua en su acción. Esta es la doble cara del poder que vislumbraba Bentham, el poder debe ser visible e inverificable; siempre sentirse observado pero nunca poder comprobar si de hecho soy observado, o como dice Foucault:²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 204.

²¹ Una de las caras más aterradoras de la alienación del hombre por el hombre que nos revela Foucault se refleja en las formas de encierro por observación y aún peor del encierro autoimpuesto, por la creencia de que hay alguien observándonos. Así nos comenta que bajo los encierros de la peste aparecían inspecciones, y dice: “la inspección funciona sin cesar. La mirada está por doquier en movimiento”, lo cual se intensifica con la aparición constante de un síndico por la calle a su cargo en la que tiene derecho a irrumpir la intimidad del hogar, *ibid.*, p. 199.

El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por ello, el poder externo puede aligerar su peso físico; tiende a lo incorpóreo; y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundos, adquiridos de una vez para siempre e incesantemente prolongados serán sus efectos.²²

El Panoptismo permite reducir al hombre a un estado total de cosa, gracias a que existe una mirada cosificadora del vigilante, así como su arquitectura logra disociar el ver, ser visto.²³ Los efectos que se buscan son claramente denigradores de valores fundamentales del ser humano, que proceden de las fuentes griegas y judeocristianas, como puede ser la autonomía y la libertad, y vende al hombre a cambio de automatizar y desindividualizar el poder; “cuanto más numerosos son esos observadores anónimos y pasajeros, más aumentan para el detenido el peligro de ser sorprendido y la conciencia

²² *Ibid.*, p. 206.

²³ “El Panóptico es una máquina de disociar la pareja ver ser visto: en el anillo periférico, se es totalmente visto, sin ver jamás; en la torre central, se ve todo, sin ser jamás visto”, *ibid.*, p. 205.

NOTAS

inquieta de ser observado”.²⁴ Esta técnica maestra del *encierro* se caracteriza por un no dejar en libertad y autonomía al otro: sus modalidades son el eterno ‘registrarse’, ‘examinar la conciencia’, ‘informes infinitos’, se fija la personalidad consignando nombre, edad, sexo, etc. La escalofriante descripción que hace Foucault de este espacio nos obliga a preguntarnos qué clase de concepción de hombre tiene quien diseñó un espacio así; dejemos que Foucault nos describa con sus palabras esta joya de la racionalidad arquitectónica del siglo XIX:

Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos.²⁵

El Panóptico encierra el mismo principio que el tratamiento del apartado anterior, el *encierro* no radica en

el espacio físico, sino en los mecanismos racionales que hemos desarrollado en nuestra mente para crearlos en el exterior; el error de las cámaras de *encierro* no está en la cámara misma, sino en la racionalidad con la que entran tanto carcelero como prisionero en dicho lugar. A diferencia de un director de orquesta que mediante su mirada conduce a cada ejecutante a lograr un acuerdo armónico sonoro, el sistema panóptico se monta en una tonalidad monódica porque no tolera una pluralidad de sonidos, sólo existe un deleite, el que procede de esa clara e insustituible nota que procede de ese único cantante poseedor de un monóculo vigilante y represor. Panóptico no es un salvavidas que observa a los bañistas con el objeto de cuidarlos por si llegaran a poner su vida en peligro; tampoco lo es una enfermera que está al pendiente de las necesidades y dolores de los pacientes; quien tiene mentalidad panóptica hace trabajar sus relaciones de poder con el objeto de privar la autonomía del otro. Líneas más arriba se decía que la arquitectura no es más que el reflejo de la arquitectura mental que hemos diseñado; todo arquitecto está al servicio del ideólogo que lo contrata y una arquitectura panóptica no es denigrante por la arquitectura misma, sino por la mente que ha configurado alienar otras mentes, “porque sin otro ins-

²⁴ *Ibid.*, p. 206.

²⁵ *Ibid.*, p. 201.

trumento físico que una arquitectura y una geometría, actúa directamente sobre los individuos; da al espíritu poder sobre el espíritu.”²⁶ De tal manera que todo este rascacielos de atrocidades mentales llevadas a piedra por los arquitectos adolecen de un principio: la liberación del espíritu y de la persona. Esta actitud deja de lado lo que proclamará más tarde Heidegger, quien afirma que “la esencia del construir es el dejar habitar”, y que “sólo si somos capaces de habitar podemos construir” (155).

Tal parece que quien pone su fe en el orden que pueda lograr el sistema Panóptico no puede aproximarse a la naturaleza del hombre más que desde el planteamiento objetivo, científico, aséptico y analítico: el ver sin ser contagiado, el observar sin implicarse, el poder distinguir con bisturí quién ya se ha enfermado y quién no. El panóptico tiene que comprenderse como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones del poder con la vida cotidiana de los hombres. “Siempre que se trate de una multiplicidad de individuos a los que haya que imponer una tarea o una conducta, podrá ser utilizado el esquema panóptico.”²⁷ El único problema es que entre hombres sólo

cabe el encuentro entre subjetividades porque el verdadero acuerdo entre hombres es el que se da en la creatividad autónoma del diálogo y comunicación.

Lamentablemente el sistema panóptico no está tampoco desterrado de nuestro mundo de libre mercado, no es correcto pensar que tal sistema era algo que sucedía antes y que ahora todo es diferente. Probablemente haya algunas mejorías en la libertad de los trabajadores, lamentablemente también hay mejorías en los sistemas que emplea el ‘panoptismo’, en tanto que el objetivo que se pretende lograr no ha cambiado con el tiempo: el éxito económico por encima del desarrollo del ser humano.²⁸ A diferencia del tratamiento del apestado, cuya vigilancia busca minimizar las condiciones de vida a su expresión más simple, o como dice Foucault “el ejercicio minucioso del derecho de la espada”, en el Panóptico se tiene el poder de amplificación, en la búsqueda de hacer algo lo más económico, más eficaz, pero el objeto no es la

²⁶ *Ibid.*, p. 209.

²⁷ *Idem.*

²⁸ Respecto a los criterios para diseñar espacios arquitectónicos panópticos y los lugares en los que se puede aplicar este método, explica Foucault: “Es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, de distribución de los individuos unos en relación con los otros, de organización jerárquica, de disposición de los centros y de los canales de poder, de definición de sus instrumentos y de sus modos de intervención, que se puede utilizar en los hospitales, los talleres, las escuelas, las prisiones”, *idem*, p. 209.

salvación de una sociedad amenazada, el único propósito es hacer más fuertes las fuerzas sociales, aumentar la producción, desarrollar la economía, difundir la instrucción, elevar el nivel de la moral pública, hacer crecer y multiplicar. La disciplina tiene que hacer el ejercicio del poder lo menos costoso posible, hacer que los efectos de este poder social alcancen su máximo de intensidad y se extiendan lo más lejos posible, sin fracaso ni laguna, ligar en fin este crecimiento económico del poder y el rendimiento de los aparatos en el interior de los cuales se ejerce, aumentar la docilidad y utilidad de todos los elementos del sistema.

Nuevamente hay que acotar que no es la disciplina ni el sistema arquitectónico el que enajena al hombre, es el trasfondo de la disciplina, el que provoca la necesidad de crear algo tan enajenante como lo puede ser la disciplina, como lo dice Foucault:

La 'disciplina' no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una 'física' o una 'anatomía' del poder, una tecnología.²⁹

“Las disciplinas funcionan cada vez más como unas técnicas que fabrican individuos útiles.”³⁰ No será difícil para un arquitecto comprender por qué a los dueños de los grandes capitales les interesa saber de qué manera puede meter el mayor número de empleados en caballerizas o galerones, con el objeto de que en el menor espacio posible rindan el máximo de su capacidad laboral. Generar espacios que produzcan un progreso y eficiencia económica, tal parece a los panópticos que es la función esencial de la arquitectura, olvidando que el principio básico en el que se apoya el configurador de espacios es el crear la posibilidad espacial de que un grupo humano desarrolle sus potencialidades humanas y llegue a su plenitud como hombre, es decir, como ser autónomo y libre.

¿Pero le importa esto a una mentalidad utilitarista si con su actitud ha generado un nuevo tipo de hombre, y con este nuevo tipo de hombre un nuevo tipo de arquitectura? En ese sentido se puede leer la denuncia de Foucault quien dice que “somos menos griegos de lo que creemos” y estamos casi tan mecanizados como la modernidad desearía que estuviéramos:

²⁹ Michael Foucault, *op. cit.*, p. 218.

³⁰ *Ibid.*, p. 214.

La hermosa totalidad del individuo no está amputada, reprimida, alterada por nuestro orden social, sino que el individuo se halla en él cuidadosamente fabricado, de acuerdo con toda una táctica de las fuerzas y de los cuerpos. No estamos ni sobre las gradas ni sobre la escena, sino en la máquina panóptica, dominados por sus efectos de poder que prolongamos nosotros mismos, ya que somos uno de sus engranajes.³¹

¿Será posible que algún país se vanaglorie de ser altamente disciplinado, si por ello entiende el ser unificado, fijado, carente de personalidad? La situación paradójica a la que ha llegado la modernidad nos hace sentir por momentos en un laberinto sin escapatoria. La edad de las luces puso la razón al servicio del objeto,³² y si bien se burló de la enajenación religiosa en la que –según su modo de ver– cayeron las civilizaciones ‘antiguas’, ella también ha caído en una nueva adoración y parece que acepta gozosamente ser la primer víctima del sacrificio que se ofrece al dios de oro que él mismo ha inventado; en efecto, en la época actual se unifican acumulación de hombres y acumulación de capital;

³¹ *Ibid.*, p. 220.

³² O como diría Foucault, “Las luces que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas”, *ibid.*, p. 225.

mutaciones tecnológicas del aparato de producción, división del trabajo, elaboración de procedimientos disciplinarios, etc.³³ En palabras de Foucault: “Digamos que la disciplina es el procedimiento técnico unitario por el cual la fuerza del cuerpo está con el menor gasto reducida como fuerza ‘política’, y maximizada como fuerza útil”,³⁴ o como lo dice en la siguiente cita:

Las disciplinas franquean entonces el umbral ‘tecnológico’. El hospital primero, después la escuela y más tarde aún el taller no han sido simplemente ‘puestos en orden’ por las disciplinas; han llegado a ser gracias a ellas, unos aparatos tales que todo mecanismo de objetivación puede valer como instrumento de sometimiento, y todo aumento de poder da lugar a unos conocimientos posibles; a partir de este vínculo, propio de los sistemas tecnológicos, es como han podido formarse en el elemento disciplinario la medicina clínica, la psiquiatría, la psicología

³³ Sin dejar de decir que los propios síndicos, oficiales, etc., viven esclavos, pues ellos también viven el encierro que representa el mantener a la distancia y bajo encierro a un grupo de no deseados. Al respecto dice Foucault: “Son estos ‘gentes de poca monta, que transportan a los enfermos, entierran a los muertos, limpian y hacen muchos oficios viles y abyectos’. Espacio recordado, inmóvil, petrificado. Cada cual está pegado a su puesto. Y si se mueve, le va en ello la vida, contagio o castigo”, *ibid.*, p. 199.

³⁴ *Ibid.*, p. 224.

del niño, la psicopedagogía, la racionalización del trabajo.³⁵

“La auténtica penuria del habitar descansa en el hecho de que los mortales tienen que volver a buscar la esencia del habitar, de que tienen que aprender primero a habitar”,³⁶ y para ello tenemos que entregarnos al pensar, liberar del silencio el acto de habitar del hombre, y con ello dar a la luz la verdadera dimensión libre y sagrada del ser humano. Más que despreciar la aportación que la cultura antigua ha hecho del límite y la razón, lo que nos muestra el análisis tras bambalinas del encierro en el Iluminismo y del Panóptico europeo es que la tarea de poner límites concediendo libertad es una tarea más propia del artista que del científico y del técnico del siglo de las luces, que con su mentalidad objetivista y cosificante de la realidad pueden crear atrocidades y encadenamientos hacia el propio hombre. “Los pueblos verdaderamente creadores alzan sus edificios a instancias de sus necesidades espirituales”,³⁷ y tal no se puede hacer desde la simple técnica de la planeación, sino de la compenetración del individuo y su comunidad, la tarea de traer la vivencia espiritual de la libertad tiene que volcarse en todo

ser humano. Toda creación humana proviene antes del pensamiento y si no estamos al servicio del buen pensar no estaremos capacitados para contribuir creativamente en la búsqueda de la libertad y la plenitud de los hombres. El pensamiento y la vivencia del propio espíritu se vuelca en las instituciones que tenemos; este principio, que había enunciado ya Kant y con más fuerza aún Hegel, queda manifestado en la frase de López Quintás quien dice:

La vida del hombre constituye una ‘urdimbre’, una trama ambital, desde antes del alumbramiento. Pensar, desear, sentir, amar es ‘crear vínculos’, fundar ámbitos, abrir horizontes. Cada horizonte, cada ámbito, cada vínculo tiene su plasmación concreta en un espacio arquitectónico o en una institución jurídica [...] como todo ámbito responde a una forma orgánica de encuentro, podemos sacar la importante conclusión de que en éste se halla la razón de ser más honda de la Arquitectura y de la ciencia Jurídica.³⁸

La llamada de Heidegger por revitalizar el sentido de la palabra construir que procede del habitar, como este sacar del silencio la acción de habitar y con ello sacar del silencio la preocupación por la dignidad del

³⁵ *Ibid.*, p. 227.

³⁶ Martín Heidegger, *op. cit.*, p. 142.

³⁷ Alfonso López Quintás, *op. cit.*, p. 190.

³⁸ *Ibid.*, p. 190-1.

hombre, nos lleva a pensar a fondo esta relación entre construir y pensar. “Ser el centro de una constelación de realidades no es un privilegio, sino una tarea”,³⁹ por eso cada vez que

algún hombre –sea magistrado o arquitecto– piense marcar un límite o ‘tirar una línea’, mejor que se lo piense dos veces, pues no es nada fácil jugar a ser Dios.

³⁹ *Ibid.*, p. 199.